

Reflexiones sobre el origen del Magdaleniense

PILAR UTRILLA MIRANDA

Dpto. de Prehistoria
Universidad de Zaragoza

El origen del Magdaleniense y su contemporaneidad con el Solutrense Final ha sido uno de los temas favoritos en la ingente labor investigadora llevada a cabo por el Dr. Jordá. Es éste un tema que, en mi opinión, no está suficientemente maduro ya que faltan por publicar muchas excavaciones recientes que pueden aportar datos importantes sobre cuestiones climáticas, tipológicas y económicas. Sin embargo creo que no debo eludir mi obligación de abordar este tema en un homenaje al Dr. Jordá y por ello, a pesar de nuestras limitaciones actuales, vamos a arriesgarnos a plantear algunas hipótesis, con la seguridad de que, si se leen, serán prontamente discutidas, pero de esta discusión, en la que me apunto ya a participar, puede salir una luz que nos permita vislumbrar cómo se extinguió la cultura solutrense y apareció la magdaleniense.

I. QUÉ ES LO MAGDALENIENSE

La historiografía tradicional, que se haría científica con Breuil, Cheynier o los Peyrony, se fijó principalmente en la evolución de la industria ósea de determinados yacimientos (Breuil en Placard o La Madaleine) o lítica de algunos otros (Cheynier en Badegoule), configurando así una sucesión de períodos que acabarían concretándose en las 6/7 etapas magdalenienses definidas en 1927 por el Abate Breuil. Ahora bien, no había un solo yacimiento bien excavado en el que se sucedieran estratigráficamente las seis etapas, siendo necesario empalmar varias cuevas o varios abrigos de un mismo yacimiento. El propio Breuil, con un sincero criterio científico, confesaba los problemas de su

numeración al escribir en 1927 «Estas líneas ponen de relieve la complejidad de este periodo y la existencia cierta de *diferentes aspectos de formación del Magdaleniense en varias provincias. Resulta por ello que nuestra numeración no tiene, para los periodos anteriores al Magdaleniense V mas que un valor relativo*» (Breuil-Saint Perier 1927:5). Nótese que el Abate no creía, por lo menos en 1927 cuando definió las subdivisiones del Magdaleniense, que una etapa fuera evolución de la anterior, existiendo variaciones según las provincias hasta la unificación del Magdaleniense V. El error se planteó cuando otros prehistoriadores sí creyeron a pies juntillas en la clasificación de Breuil y, forzando todo lo necesario las clasificaciones tipológicas de sus yacimientos excavados, localizaron con mejor o peor suerte, una sucesión clara y sin problemas de las etapas magdalenienses, dentro de una evolución lineal y generalizada. Fue entonces cuando Breuil se convenció a sí mismo «de lo objetivo de su clasificación», más de lo que él esperaba, según confesión del propio Abate (Breuil 1954:60).

Evolucionismo unidireccional y migracionismo

Se formó así una corriente de opinión que interpretaba el Magdaleniense como el resultado de una evolución lineal, irreversible y generalizada y, como tal, debía tener un origen único y una extensión por difusión a toda Europa y Asia, e incluso hasta podría haber llegado a América.

Un nuevo aspecto del problema se planteó cuando se trató de buscar la «patria originaria» del Magdaleniense. La localización geográfica tan pronto estuvo en Oriente como en Occidente: el propio Breuil propuso en 1912 un origen oriental, en Europa del Este y Siberia. El Magdaleniense allí

formado habría sido traído a Europa Occidental por gentes nuevas que habrían enseñado las nuevas técnicas y decoraciones de los huesos trabajados. Para Breuil estaba muy claro que los primeros magdalenenses no eran solutrenses evolucionados, ya que eran tan inhábiles en el arte de tallar y retocar el sílex como sus predecesores eran excelentes en ello (Breuil 1912: 201). Cheynier por su parte (1939, 1965) solía hablar de la «brutal desaparición» o del «fin del mundo solutrense». El propio Bordes (1968) llegó a explicar esta desaparición como producto de «invasiones, guerras o epidemias». De este modo la llegada del magdalenense no suponía una mera difusión cultural sino que se admitía una migración de grupos humanos portadores de la cultura... Para Cheynier (1965) los magdalenenses eran «bárbaros nórdicos» que venían desde un lugar al Norte del Loira.

Algunos años más tarde, en 1927, Breuil era ya partidario de un origen occidental: la formación del Magdalenense habría tenido lugar en el suelo cántabro-aquitano y sus raíces estarían en las culturas iniciales del Paleolítico Superior y, concretamente, en el Auriñaciense Final. No había en este caso aporte étnico de nuevas gentes, ya que el Magdalenense se interpretaba como evolución del Auriñaciense, con el llamado «episodio solutrense» que se incrustaba como una cuña en la evolución general del Paleolítico Superior.

El Magdalenense era, pues, autóctono en el suelo cántabro-aquitano pero seguiría siendo extendido mediante migraciones al resto de los países europeos:

«La repartición geográfica de tal o cual motivo decorativo daría el gráfico de los límites extremos de las migraciones de caza de una población dada» (Breuil-Saint Perier 1927: 5).

Se hablaba así de migraciones de renos en el Valle de la Vezère o desde el Pirineo hasta la Dordoña y la Costa Cantábrica, las cuales arrastrarían tras sí a los hombres magdalenenses y su cultura (Saint Perier 1920). Las idas y venidas de los animales que constituían la base de la dieta alimenticia del hombre magdalenense (renos, bisontes,

mamuts en el Este) serían el principal medio de difusión de una cultura, surgida básicamente, así se creía, para facilitar la caza y la supervivencia del individuo. En este sentido, Saint Perier hacía hincapié en que los elementos de cultura material más extendidos eran precisamente las armas y, en general, los objetos de uso precario, mientras que las obras de arte exentas o las armas decoradas permanecían en los grandes yacimientos que representaban el campamento base de habitat, casi todos ellos en el Pirineo Francés.

Poligenismo y autoctonismo

Algún tiempo después, allá por los años sesenta, los prehistoriadores volvieron a señalar que el Magdalenense no presentaba caracteres comunes en todos los lugares en los que se manifestaba y que, por lo tanto, no era uniforme ni unidireccional, ni generalizado a toda Europa. Las teorías sobre la evolución interna del Magdalenense comenzaron a tambalearse y se pasó a hablar de muchos magdalenenses distintos, disfrazados bajo los modernos conceptos de «horizontes» o «facies»¹.

Y estas facies no tenían por qué ser sucesivas ni evolutivas: podían ser perfectamente contemporáneas e intercalarse aleatoriamente unas con otras. En 1960 Sonnevile-Bordes, en su Tesis Doctoral sobre el Paleolítico Superior del Perigord, no se atrevió a aplicar las teorías de F. Bordes sobre las facies musterienses a los primeros momentos del Magdalenense. La reciente excavación del yacimiento de Laugerie Haute, llevada a cabo por ellos mismos, le llevó a mantener intacta la secuencia de un Magdalenense I de raclettes, seguido de un Magdalenense II de triángulos y un Magdalenense III más diversificado. Sin embargo, Denise de Sonnevile-Bordes dio el primer paso hacia la desmitificación de los fósiles directores al señalar que en los demás yacimientos magdalenenses ni el Magdalenense I (que podemos llamar ya «facies de raclettes») ni el Magdalenense II («facies de triángulos») tenían una base estratigráfica que corroborara su sucesión cronológica y numérica. En todos los yacimientos en los que había sido detectado,

¹ J. Allain ha sido uno de los principales defensores de la existencia de facies contemporáneas durante el Magdalenense. Véase a tal efecto Allain 1983: 139 ó 1976: 1319.

salvo en el caso de Laugerie Haute, era nivel único o se encontraba en yacimientos revueltos o sin secuencia estratigráfica clara. En nuestra opinión su posición en un solo yacimiento, Laugerie Haute, no debe generalizarse, ya que sería equivalente a proponer una sucesión cronológica para las cinco facies musterienses basándonos en un único yacimiento como Pech de l'Azé o Le Moustier.

De esta forma, tomando como modelo las distintas interpretaciones de las facies musterienses, podría hablarse de facies magdalenienses como exponentes de una distinta actividad industrial (escuela americana), como resultado de una tradición tecnológica y tipológica diferente (escuela de Burdeos) o simplemente ser producto de una diversificación por áreas geográficas en las que la materia prima condiciona fuertemente la forma y tamaño de los utensilios.

Así, si se realizan cartas de distribución de las distintas facies de los comienzos del Magdaleniense, se observa como el Badeguliense de raclettes se restringe al Macizo Central y la Vezère, el Magdaleniense de navetas a la región del Jura, el llamado Magdaleniense IV de prototipos de arpón al Pirineo Francés, el Magdaleniense de azagayas de sección cuadrada a la Costa Cantábrica etc., aceptando «colonizaciones», en algún caso, en yacimientos situados fuera de su «área de origen» (por ejemplo el Magdaleniense Medio de La Madalcine en la Dordoña o el yacimiento de Marcamps, con navetes, en La Gironde).

No parece probable pensar en baches demográficos, por muerte o por migración, que expliquen los vacíos culturales ya que éstos no se limitan sólo a yacimientos concretos sino que abarcan áreas geográficas muy extensas (Costa Cantábrica y Pirineos para las «fases» I y II). Por otra parte, tampoco se observa un vacío estratigráfico en las secuencias de los yacimientos: no hay un nivel estéril que testimonie la desocupación del yacimiento en el transcurso de los primeros momentos del Magdaleniense. Así, en Altamira, por ejemplo, el Solutrense Final apareció en íntimo contacto con el llamado Magdaleniense III, sin que, aparentemente, hubiera pasado un lapso de tiempo entre uno y otro. Por otro lado, tampoco las dataciones absolutas permiten comprobar la existencia real y sucesiva de los seis períodos magdalenienses. Las fechas suelen encabalgarse unas sobre otras y todo ello en una

duración temporal muy corta, que no sobrepasa los 4.000 años para toda la secuencia magdaleniense. Ejemplos de disparidad de fechas pueden verse en la capa E de Rond du Barry (Polignac) o la de Tito Bustillo, donde niveles con arpones (muestra de conchas) han sido fechados en un 15.400 B.P., al mismo tiempo que niveles atribuidos al Magdaleniense III han sido fechados en un 13.976 (Parpalló), 13.970 (Laugerie Haute) o 13.840 (Abri Duruthy).

Como explicación a estos hechos hay que recurrir a las teorías poligenistas y autoctonistas: el Magdaleniense no surgirá en un solo foco originario que irradie a toda Europa, sino que en cada área geográfica se producirá una «magdalenización», gradual o brusca, que, al transformar un sustrato cultural diferente, dará soluciones industriales también diferentes, determinando así las facies magdalenienses.

Ahora bien, en ocasiones esta magdalenización es casi inapreciable. El Solutrense Superior de Altamira o de Cierro, por ejemplo, es casi idéntico al Magdaleniense Inicial de su mismo yacimiento, tanto en su industria lítica como en la ósea. Así Corchón señaló en 1971 que durante el Solutrense Final se asistía a la pérdida de los tipos foliáceos y a la microlitización general de la industria lítica, con una gran abundancia de piezas de retoque abrupto. Al mismo tiempo, en la industria ósea, aparecía, junto a la azagaya con monobisel central, la de sección cuadrada, típica del Magdaleniense «III» Cantábrico. Por su parte, González Echegaray realizará en el mismo año el estudio estadístico del conjunto del material lítico de los niveles Solutrense Final y Magdaleniense Inicial de Altamira, dando como resultado índices muy similares para ambos niveles del mismo yacimiento. En 1975 Straus ampliará los ejemplos de la Costa Cantábrica en los que se aprecia este fenómeno: en Cierro y Cueto de la Mina, junto a una industria lítica semejante, aparecen puntas de sección cuadrada tanto en el nivel Solutrense como en el Magdaleniense y sólo la presencia de algún fósil director (una o dos puntas solutrenses) determina la adscripción cultural de un nivel a un momento u otro. Por ello se pregunta Straus si no serán «Solutrenses sin puntas» algunos niveles magdalenienses y, a la inversa, podría también argumentarse si no serán magdalenienses algunos niveles clasificados como

solutrenses, interpretando como perduración o recogida al azar la presencia de algún ejemplar vistoso de punta solutrense².

En este sentido reflexionaba I. Barandiarán (1967: 430) señalando que cuando una pieza típica perdura, deja por ello de serlo. Los fósiles directores son raros en la Costa Cantábrica, «de tal modo que *la ausencia de determinados estadios en una secuencia cultural puede no ser tal sino simple ausencia de elementos típicos que nos certificarían en su carácter*».

No obstante, debemos señalar que la mezcla e identidad de materiales solutrenses y magdalenien- ses podría explicarse por un proceso de crioturba- ción que, al parecer, tuvo lugar en los primeros mo- mentos del Magdalenense. Esta crioturba- ción ha- bría producido una serie de cuñas en los niveles so- lutrenses que se introducirían en los niveles magda- lenienses superpuestos, mezclándose así sus materia- les. Sin embargo, esto no explica la existencia de materiales comunes entre niveles separados por un grueso estrato estéril (Cueva del Castillo) o, en el caso de Bolinkoba, la perduración Noailense en el Magdalenense, cuando entre ambos niveles se en- cuentra un claro nivel solutrense.

En resumen, *cada región, e incluso cada cueva, parece tener su propia tradición*, una tradición qui- zá condicionada por su situación, la cual determina- rá a su vez, la funcionalidad del yacimiento. Una cueva propicia para ser utilizada como cazadero, por ejemplo, entregará en todos sus niveles del Paleolí- tico Superior, sean del período que sean, un fuerte porcentaje de útiles de caza (líticos u óseos) y este porcentaje de puntas y azagayas, por ejemplo, no responderá a una correlación standard de índices ca- racterísticos de una etapa cultural. Sólo la presencia de los hoy desmitificados fósiles directores permiti- ría asegurar que estamos en presencia de un Magda- leniense.

Pero ¿cuáles son los fósiles directores generales de un Magdalenense Inicial? I. Barandiarán (1967: 251) señalaba que «El Magdalenense vive en parte

de tradiciones anteriores cuyos tipos hereda y trans- forma (toda clase de azagayas y punzones, bastones perforados, varillas, espátulas y colgantes) y en par- te crea formas nuevas (arpones, rodetes perforados), dando peculiarísima personalidad a elementos que, como la aguja y el propulsor, podían haber sido in- ventados en los estadios inmediatamente preceden- tes».

Nos encontramos así que los elementos típicos del Magdalenense (arpones, rodetes, contornos re- cortados) no aparecen hasta la llamada fase IV, de tal modo que puede afirmarse que *no existe un fósil director óseo que defina exclusivamente las pri- meras etapas del Magdalenense*. La aparición en Ti- to Bustillo de azagayas con monobisel en espiga asociadas a arpones del Magdalenense Superior se- ría el ejemplo más significativo.

Así las cosas, podemos preguntarnos *hasta qué punto es correcto aplicar el término de «magdale- niense» a las facies de raclettes (Magd. I) y triángu- los (Magd. II)*. En ningún yacimiento de estas facies (ni siquiera en Laugerie Haute) aparece asociada una industria ósea apreciable, hecho que parece contradictorio con la propia caracterización del Mag- daleniense, basada en la eclosión del instrumental óseo.

Para Allain (1976: 1317) en el caso de la facies de raclettes «en tanto en cuanto la tipología perma- nezca en la base de toda clasificación prehistórica será imposible incluir en el término magdalenense tal industria, debiendo mantenerse el término ba- deguliense acuñado por Vacher y Vignard». Tres años más tarde, en 1979 y a propósito de la publi- cación de *Lascaux inconnu*, Allain responderá a la pregunta de cuándo debe aplicarse el término «magdalenense»: cuando el índice de buril es supe- rior al de raspador y predominan los buriles die- dros; cuando las hojitas de dorso constituyen una parte importante del utillaje; cuando hay agujas y cuando el desbaste del hueso se realiza por lo que él llama el «rainurage» o «double sciage paeallèlle» (Allain 1979: 116). Esta última característica parece

² El caso del nivel 3 de la cueva de Las Caldas podría ser el más significativo. La descripción que del mismo realiza su ex- cavadora (Corchón 1981: 230) lleva a pensar que se trata del más claro nivel del Magdalenense muy inicial (Badeguliense) de la Costa Cantábrica. En efecto, su posición cronológica en el inicio del interestadio de Lascaux, sus características tipológicas (fre- cuencia de raclettes, muy raras entre los ajuares cantábricos) y tecnológicas (descenso brusco del lascado laminar y aumento de

la cuarcita como materia prima) nos recuerdan descripciones de yacimientos badegulienses franceses, como el Abri Fritsch, en los que se prefieren las lascas a las láminas y se utilizan rocas duras incluso en regiones donde abunda el sílex (Allain 1983: 137). En el caso de Las Caldas 3 la existencia de dos puntas de cara plana y su posición estratigráfica sobre niveles del Solutrense Terminal lleva a Corchón a mantenerlo dentro de esta cultura.

ser fundamental en su caracterización del magdaleniense, eliminando, por tanto, de tal cultura a los badegulienses del Abri Fritsch que desbastaban el hueso mediante percusión directa, pero aceptando, en cambio, a los fabricantes de la industria de la cueva de Lascaux.

Existe pues una gran diversidad industrial en la etapa formativa del Magdaleniense pudiendo distinguirse una serie de facies que quedarían caracterizadas por determinados aspectos de su industria ósea o lítica. Veamos algunas de ellas.

Las facies del Magdaleniense Inferior y Medio en Francia

a) facies del Magdaleniense O:

Atestiguada en Laugerie Haute 20, 20-18 y 18, en Cassegros 10, Abri Fritsch 5d y 6 y Badegoule 6. En definición de Hemingway (1980: 233) se caracterizaría por poseer pocas raclettes, por la ausencia o rareza de microlitos y por la abundancia de buriles transversales sobre muesca y raspadores. A estos datos añade Allain (1976: 1316) la escasez de láminas, el desbaste del hueso por percusión y la existencia de agujas y algunas azagayas alargadas de bisel simple del tipo de Placard I.

b) facies de raclettes:

Atestiguada desde antiguo en múltiples yacimientos de la Dordoña (Laugerie Haute, Jean Blancs, Pech de la Boissière, Badegoule...), de la Charente (Placard, Abri Ragout), del Loira (Beauregard, Gros Monts) lo ha sido también recientemente en el Agenais (Cassegras 9) y SW de la Cuenca de París (Abri Fritsch 5, 4 y 3). A raíz de la excavación de este último yacimiento propuso Allain la hipótesis de que el epicentro de esta facies de raclettes se hubiera formado en el Macizo Central y se hubiera difundido en oleadas sucesivas, mestizándose progresivamente al contacto con culturas autóctonas (Allain 1976: 1317). Hemingway, en cambio, rechaza duramente esta sugerencia en su Tesis Doctoral sobre el Magdaleniense Inicial en Francia (1980: 234), lo cual supuso una rápida contraréplica de Allain en 1983 (Allain 1983: 135-139). Sea cual fuere su origen, la característica principal de esta facies no es discutida: la abundancia de raclettes, dentro de una industria con desbaste no laminar que prefiere la utilización de otras rocas duras como

materia prima, incluso en territorios donde abunda el sílex. Esta facies sería sinónimo del término Badegouliense, acuñado por Vacher y Vignard y popularizado por Cheynier, quien lo englobaba dentro de su protomagdaleniense. Equivaldría asimismo al Magdaleniense I de la secuencia de Laugerie Haute.

c) facies de Lascaux:

También es Allain el inventor de este término que sería sinónimo del Magdaleniense II de Laugerie Haute. Según este autor (1979: 116) se caracterizaría por el dominio del desbaste laminar, por el índice de buriles sobrepasando al de los raspadores, por el dominio de los buriles diedros, por un aumento del índice de hojitas de dorso y triángulos escalenos y por la presencia en la industria ósea de ranuras y acanaladuras y la técnica de desbaste del asta por el procedimiento del doble serrado paralelo. Según Allain (1979: 116) el origen de esta facies se hallaría en el Perigordense VII (protomagdaleniense) de Laugerie Haute, reapareciendo a fines del Magdaleniense I del mismo yacimiento. Es esta la primera facies que, en opinión de Allain, merece el nombre de Magdaleniense, situándose estratigráficamente sobre el Magdaleniense I de raclettes en Laugerie Haute.

d) facies de Placard I y II:

Es el clásico Magdaleniense Inicial definido por Breuil en sucesivas publicaciones de principios de siglo (Breuil 1912, Breuil-Saint Perier 1927). Como características definitorias de esta facies señalaba Breuil para Placard I las azagayas aplanadas con base de bisel convexo, apuntado o en lengüeta, y surcado de trazos en espiga, o las gruesas azagayas circulares de base cónica o en bisel simple sin ranuras.

Para Placard II señalaba Breuil la extinción de las azagayas aplanadas del momento anterior y la perduración de las gruesas de base cónica con aparición de las primeras ranuras (Breuil-Saint Perier 1927: 4 y 5).

e) facies meridional del Magdaleniense III:

Es este un término acuñado por Breuil y Saint Perier (1927: 150) y define a un magdaleniense típico de la zona pirenaica y cantábrica (de allí el nombre de «meridional») que se desarrolla en estas regiones simultáneamente a las fases I y II de Pla-

card. Originado según estos autores en las capas solutrenses que le subyacen en los Pirineos y Costa Cantábrica y, en última instancia, en el Auriñaciense Final de estas regiones. Su característica tipológica lo constituyen las azagayas cónicas con bisel simple y largas ranuras, junto a una rica ornamentación artística en láminas de hueso. Esta sería la primera industria magdalenense de la zona pirenaica, inmediatamente superpuesta a la solutrense, pero que penetrará tardíamente en la Charente donde aparecerá por encima de la fase II de Placard y por cuyo motivo aparece en la secuencia generalizada del Magdalenense con el número III.

En la estratigrafía de Laugerie Haute (Peyrony 1938) el Magdalenense III de este yacimiento se caracteriza por las incisiones y acanaladuras y, más concretamente, por las azagayas cortas de base en bisel simple con acanaladura dorsal o ventral y por la azagaya de sección triangular o cuadrada con incisiones geométricas.

f) *facies de navetas:*

Definido por Combier y Vuillemeijer en la gruta de Arlay en el Jura (1976) y por Allain (1961) en la Garenne de Saint Marcel en Indre se caracteriza por la presencia de navetas, azagayas de sección cuadrada decoradas y bastones fálicos. A pesar de la ausencia de arpones y de las dataciones de C 14 muy antiguas (15.320 y 15.770 B.P. para Arlay) los investigadores prefieren retrasar la cronología de esta facies a un momento entre la oscilación Bölling y el Dryas II, haciéndola por tanto contemporánea del llamado Magdalenense IV del Pirineo Francés (Desbrosse 1976: 1353). El foco principal de esta facies parece localizarse en la cuenca media del Ródano, en la región del Jura: Arlay, Solutré, La Colombière, Farincourt, Grand Baume... con extensiones hacia el Oeste (Ara Garenne en Indre, Placard en Charente y Marcamps en Gironde) y hacia el Este (gruta Mascycka en Cracovia y Nova Dratenicka en Moravia).

g) *facies pirenaica* del Magdalenense IV:

Conocida desde principios de siglo a través de las excavaciones de Piette en el Pirineo Francés, fue definida, como las demás facies-fases magdalenenses, por el Abate Breuil (1912, 1927 principalmente). Se caracteriza por los prototipos de arpón, las

varillas de decoración curvilínea, los rodetes, los contornos recortados, los bastones perforados bellamente esculpidos, etc. Este auténtico magdalenense parece haber surgido en el Pirineo Francés de la facies meridional del Magdalenense III, extendiéndose a otros yacimientos de la Dordoña (La Madeleine, Laugerie Basse) o de la Costa Cantábrica (Ermittia, Paloma). No obstante, la mayor concentración de yacimientos, por abundancia y riqueza de materiales, se enclavaría en la zona pirenaica, en cuevas tan importantes como Isturitz, las Espelungues de Arudy y de Lourdes, Gourdan, etc., ocupando la oscilación templada de Bölling. (Fig. 1).

Las facies del Magdalenense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica

No nos extenderemos sobre este tema que ya hemos tratado ampliamente en otras ocasiones (principalmente Utrilla 1981). En síntesis parecen existir al menos las siguientes facies:

a) una facies de Rascaño 5, caracterizada como en Placard, por las puntas de sección aplanada y monobisel en espiga (Rascaño, Río, Paloma, bastón de Camargo).

b) una facies de Castillo B, caracterizada por las puntas de monobisel central y las ciervas de trazo estriado (Castillo, Altamira, Pasiega).

c) una facies de tipo Juyo, caracterizada por la punta de sección cuadrada y el predominio absoluto del raspador nucleiforme (Juyo, Cierro, Cueto de la Mina Balmori, Rascaño 4, Erralla, Ekain).

d) una facies del País Vasco caracterizada por la punta de sección triangular y por la de monobisel mayor de 1/3 (Abauntz, Lumentxa, Santimamiñe, Bolinkoba).

A estas quizá habría que añadir que la facies francesa de raclettes pudiera estar representada por el nivel 3 de Las Caldas y la de Lascaux de hojitas de dorso y escalenos muy débilmente en los niveles inferiores del Juyo Lloseta y Urriaga F. (Fig. 2).

Estas serían en síntesis algunas de las facies que han sido publicadas en la bibliografía adscribibles a los primeros comienzos del Magdalenense. Muchas de ellas son contemporáneas, en otros casos (Placard, Laugerie Haute) son sucesivas, pero, por lo general, se encabalgan entre sí, perdurando más en algunas regiones y mestizándose en ocasiones unas con otras. Así la facies de raclettes puede aparecer, en yacimientos como Jean Blancs, asociada a azaga-

yas con monobisel apuntado y sección aplanada, típicas de la facies de Placard I (Pyrony 1934); las azagayas de monobisel central, típicas del Solutrense Superior, aparecen en el Magdaleniense II (facies de Lascaux) de Laugerie Haute, al mismo tiempo que Laville y Texier (1972) demuestran sedimento-

lógicamente que el Solutrense Superior de Malpas es rigurosamente contemporáneo al Magdaleniense I de Laugerie Haute. Del mismo modo, las azagayas de sección aplanada y monobisel apuntado aparecen en el Solutrense Superior con puntas de muesca de Laugerie Haute (Peyrony 1938: 46). Desde el punto

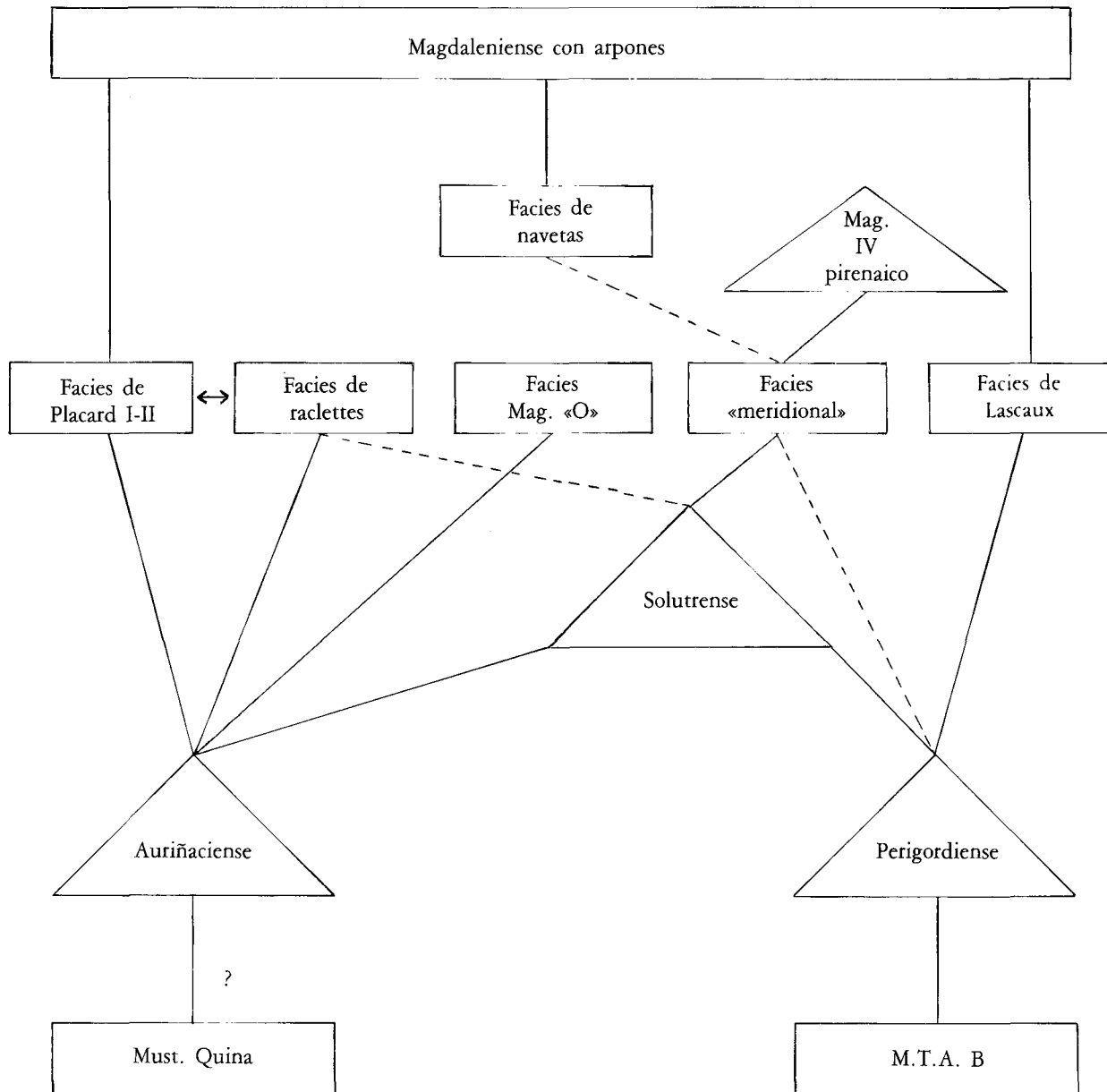


FIGURA 1. El Magdaleniense Inicial en Francia

- En triángulo culturas creativas
- En rectángulo facies
- Trazo continuo: posibles líneas evolutivas
- Trazo discontinuo: líneas evolutivas dudosas.

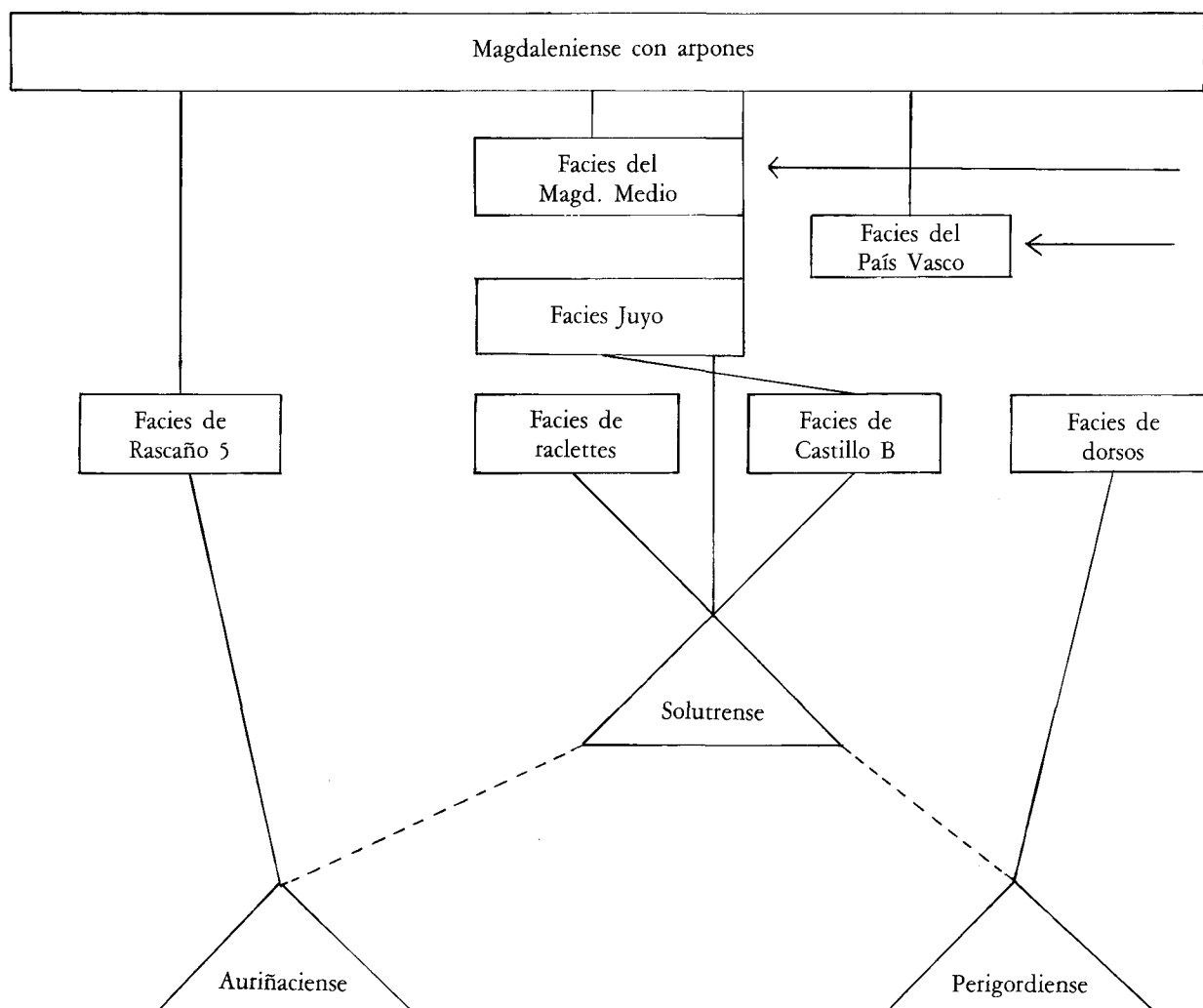


FIGURA 2. Los inicios del Magdaleniense en la Costa Cantábrica

de vista climático-cronológico serían contemporáneas en el interestadio de Lascaux facies tan diversas como Rascaño 5 (facies de Placard I), Cassegros 9 y Abri Fritsch 5, 4 y 3 (facies de raclettes), Caldas 3 (Solutrense Superior con raclettes) o Malpas I (Solutrense Superior).

II. LA CUESTIÓN DEL ORIGEN

Una vez definidas las facies y su diversidad vemos cuál sería el posible origen para cada una de ellas:³

a) el origen auriñaciense:

Las últimas fases del Auriñaciense, y en particular el Auriñaciense V, han podido ser la base de las facies magdalenienses definidas en Laugerie Haute como «O» y I. La similitud entre ambas etapas culturales se manifestaría en la industria lítica por un fuerte porcentaje de raspadores carenados, por la presencia importante de raspadores y láminas auriñacienses y por un aumento inusitado de buriles nucleiformes y sobre muesca. En conjunto, el aspecto general de la industria es, en ambos períodos, tosco y de gran tamaño, lo cual no impide la apari-

³ Para una más completa bibliografía sobre este tema véase Hemingway 1980: 227 y ss.

ción de perfectas piezas laminares, las «belles pièces» características del Auriñaciense.

En la industria ósea son comunes las azagayas de sección aplanada y base monobiselada en hueso (Auriñaciense) o en cuerno (Magdaleniense), junto a la decoración en «marcas de caza» en los fustes y en espiga en los biseles de las azagayas.

Se interpretarían como industrias con caracteres auriñacoides en Francia la facies de raclettes de Badegoule o de Laugerie Haute y la facies de azagayas de sección aplanada de Le Placard. En la Costa Cantábrica ofrecen un aspecto general auriñacoide la facies de Rascaño 5 (equivalente a la francesa de Placard) y la facies del País Vasco, semejante tanto por su industria ósea (Lumentxa) como lítica (Abauntz).

b) *el origen perigordienso:*

El período denominado en la historiografía Perigordienso VII o Protomagdaleniense, localizado en Abri Pataud y (por encima del Auriñaciense V) en Laugerie Haute se caracteriza en su industria lítica por el dominio absoluto de la técnica del dorso rebajado. Este perigordienso para algunos autores (Peyrony, Combier, Laplace) pudo dar origen al Solutrenso y para otros (Rigaud, Bordes) al Magdaleniense. En 1976 Rigaud concretaba las fases o facies que se interpretarían como herederas de este perigordienso: la II, III, V y VI.

En la industria lítica prolifera la técnica del dorso rebajado y aparecen las hojitas de dorso (truncadas o no) y los triángulos de las fases II, III y VI. Están presentes las gravettes y microgravettes (muchas veces confundidas con las puntitas azilienses) y las puntas pedunculadas (perigordienso de la Font Robert y magdaleniense de Teyjat). Al mismo tiempo están ausentes las formas auriñacienses: raspadores carenados y de hocico, láminas auriñacienses y con estrangulamiento.

Se interpretan como industrias con caracteres perigordienso las facies de triángulos y hojitas de dorso del Magdaleniense II y III (Cabrillat, Lascaux, Lachaud, Laugerie Haute, Saint Germain-la-Rivière) y también las industrias del Magdaleniense VI con la misma abundancia de triángulos y hojitas de dorso (Gare de la Couze). En la Costa Cantábrica Ur-

tiaga F, Juyo inferior y Lloseta X presentan un aumento inusitado de los dorsos en sus hojitas.

c) *el origen solutrenso:*

Ya hemos visto anteriormente que, en ocasiones, era muy difícil separar por estratigrafía o por tipología industrial atribuidas al Solutrenso Final o al Magdaleniense Inicial. En ambos casos la industria lítica reflejaba una microlitización de los tipos, con presencia abundante de hojitas de dorso y escasez de puntas solutrenso típicas. La industria ósea, por su parte, presentaba en ambos períodos elementos característicos del Solutrenso (azagaya de monobisel central) y del Magdaleniense (azagaya de sección cuadrada). Al mismo tiempo la decoración de omoplatos con cabezas de ciervas de trazo estriado se encontraba atestiguada por igual en el Solutrenso (Altamira) y en el Magdaleniense (Castillo).

De este modo podría interpretarse también como herencia solutrenso (y en última instancia perigordienso, si aceptamos las teorías de Combier y Laplace) la facies de hojitas de dorso del Magdaleniense II, la cual presenta, además, en su industria ósea la azagaya de monobisel central (Laugerie Haute) entre sus escasas manifestaciones.

Base solutrenso tendría también la facies cantábrica de Castillo Beta, con omoplatos decorados con cabezas de cierva y azagayas de monobisel central, y, como más dudosas, las facies Juyo y «meridional» del Mag. III, con la característica azagaya de sección cuadrada y el dominio absoluto del raspador nucleiforme.

Señalemos como dato de interés que *en todos los yacimientos de la Costa Cantábrica que se adscriben a la facies Castillo Beta existe un nivel Solutrenso Final* (Castillo, Altamira, Pasiega) y también los yacimientos de las facies Juyo (excepto, curiosamente, el yacimiento éponimo): así Cueto de la Mina, Cierro, Balmori, o la misma Altamira, donde se funden elementos de las facies Castillo y Juyo en el interior de su Magdaleniense Inicial.

Por el contrario *los yacimientos con caracteres auriñacoides de la Costa Cantábrica (Rascaño 5, Paloma, Río) inauguran estratigrafías al iniciarse el Magdaleniense*⁴, arraigando al mismo tiempo con

⁴ Nótese sin embargo que esta ausencia de solutrenso puede ser consecuencia de fenómenos sedimentológicos que es preciso tener en cuenta. En este sentido se pronuncia Marco de la Rasilla (1984: 170) cuando sugiere que una reactivación cárstica pudo acabar con los hipotéticos niveles solutrenso que pudo

contener la cueva de Rascaño. La cuestión está también en saber por qué esta reactivación afectó sólo a cuevas de esta facies (Rascaño, Paloma) y no a otras próximas que han conservado más o menos intactos sus niveles solutrenso (San Román de Candamo, Altamira).

gran fuerza y evolucionado hacia las fases con arpones en una gran densidad de niveles de ocupación. En estas cuevas se obtiene la impresión de tratar con culturas o gentes nuevas, quizá venidas de Francia, y ajenas a la tradición lítica y ósea de la Costa Cantábrica. En este sentido los yacimientos «auriñacoides» de la facies Rascaño 5 son excepcionales (en particular la Paloma) mientras que los yacimientos de la facies Juyo, además de ser tan abundantes como el Solutrense de la Costa Cantábrica, presentan unos caracteres muy uniformes y generales para todos los yacimientos cantábricos de esta facies.

d) *la creación magdaleniense:*

De todo lo antedicho parece desprenderse que el Magdaleniense no se articuló en sus primeros momentos y facies como una etapa cultural original. No era más que la adaptación y evolución de la industria lítica y ósea de un sustrato anterior, ya sea auriñaciense, perigordienso o solutrenso. No existía algo realmente nuevo que permitiera la diferenciación de una etapa cultural. Era una época de crisis en la transición con continuos y repetidos ensayos tecnológicos y decorativos. Existe, sin embargo, una facies a la que no hemos sabido encontrar precedente: el llamado Magdaleniense IV presente en La Madeleine, Augerie Basse y Pirineo Francés. Allí aparecen nuevas formas óseas (arpones, rodets,

contornos recortados, varillas de decoración curvilínea) que supondrán una auténtica revolución tecnológica y artística. Y no sería arriesgado paralelizar esta revolución tipológica con la gran eclosión del arte parietal, clasificado por Leroi Gourhan en su estilo IV Antiguo.

Aquí sí podría hablarse de gentes nuevas, porque nuevas son las concepciones artísticas. Y también (y por vez primera) podríamos hablar con propiedad de áreas culturales en el sentido de la escuela Histórico Cultural de Viena. La concentración de yacimientos en el Pirineo Francés (Isturitz, Gourdan, Marsoulas, Duruthy, grupos de Arudy y Lourdes) indicaría su foco de origen, a pesar de que existan ramificaciones importantes hasta la Dordoña (La Madeleine, Augerie Basse) y la Costa Cantábrica (Ermittia, Paloma, Caldas).

A partir de este momento podemos decir que se ha creado realmente el Magdaleniense, y no tardará en producirse la difusión cultural del único fósil director que sobrevive a toda crítica: el arpón, la gran invención tipológica que supondrá la generalización de esta etapa cultural al iniciarse el Magdaleniense V.

Zaragoza, 1 de octubre de 1984

Departamento de Prehistoria de
la Universidad de Zaragoza

BIBLIOGRAFIA CITADA EN EL TEXTO

- ALLAIN, J. (1961): «Premier aperçu d'ensemble sur l'industrie magdalénienne de La Garenne, Commune de Saint Marcel (Indre)» B.S.P.F. 54 pp. 594-604.
- (1976): «Les civilisations du Paléolithique supérieur dans le Sud-ouest du Bassin Parisien» en *La Préhistoire française*. pp. 1315-1320.
- (1979): «L'industrie lithique et osseuse de Lascaux» en *Lascaux inconnu*. pp. 87-120 París.
- (1983): «Materiaux pour l'étude du Magdalénien initial et ses origines». B.S.P.F. t. 80, n.º 5, pp. 135-139.
- BARANDIARÁN, I. (1967): *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental*. Zaragoza.
- BREUIL, H. (1912): «Les subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur signification» *Congres International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique*. Ginebra.
- (1954): «Le Magdalénien» *Les grandes civilisations préhistoriques de France*. París.
- BREUIL, H. y SAINT PERIER, R. (1927): *Les poissons, les batraciens et les reptiles dans l'Art Quaternaire*. París.
- CORCHÓN, S. (1971): *El Solutrense en Santander*. Santander.
- (1981): *Cueva de las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo)*. E.A.E. n.º 115. Madrid.
- CHEYNIER, A. (1939): «Le Magdalénien primitif de Badegoule. Niveaux à raquettes» B.S.P.F. 36 pp. 354-396.
- (1965): *Comment vivait l'homme des cavernes à l'âge du renne*. París.
- DE LA RASILLA, M. (1984): «Asentamientos del Paleolítico Superior en Asturias y Santander: Distribución, incidencia del medio físico y relaciones» *Arqueología Espacial* 2. pp. 167-180, Teruel.
- DESBROSSE, R. (1976): «Les civilisations du Paléolithique Supérieur dans le Jura et le Franche-Comté» *La Préhistoire Française*. pp. 1348-1357. París.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1971): «Apreciaciones cuantitativas sobre el Magdaleniense III de la Costa Cantá-

- brica» *Munibe en Homenaje a José Miguel de Barandiarán*. pp. 323-327.
- HEMINGWAY, M.F. (1980): *The Initial Magdalenian in France*. Oxford.
- JORDÁ, F. (1959): «El complejo cultural solutrense-magdalenense en la región cantábrica». *I Symposium de Prehistoria Peninsular*. pp. 1-20, Pamplona.
- LAVILLE, H. y TEXIER, J. P. (1972): «De la fin du Würm III au début du Würm IV: paléoclimatologie et implications chronostratigraphiques». *C.R. Acad. Sc. Paris t. 275, serie D*, 329-332.
- LE TENSORER, J. M. (1981): *Le Paléolithique de l'Agenais*. París.
- PEYRONY, D. y E. (1934): «La station préhistorique des Jean-Blancs» *Bull. de la Soc. historique et archéologique du Périgord*. pp. 3-26, 19.
- (1938): *Laugerie Haute près des Eyzies (Dordogne)*. A.I.P.H. Mem. 19. París.
- RIGAUD, J. Ph. (1976): «Données nouvelles sur le Périgordien Supérieur en Pergord» *IX Congrès de la U.I.S.P.P.*, Niza.
- SAINT PEPIER, R. (1920): «Les migrations des tribus magdaleniennes des Pyrénées» *Revue Anthropologique* 5-6 París.
- SONNEVILLE-BORDES, D. (1960): *Le Paléolithique Supérieur en Périgord*. Burdeos.
- STRAUS, L. G. (1975): «¿Solutrense o Magdaleniense Inferior Cantábrico? Significado de las diferencias» *Bol. I.D.E.A.* 86 pp., 781-791. Oviedo.
- UTRILLA, P. (1981): *El Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica*. Santander.